

Introducción

Es oportuno escribir unas líneas que sirvan de introducción en la lectura de este trabajo. Hay un par de cosas que vale la pena mencionar. En primer lugar, subrayar que este no es un trabajo de historia, sino, un esfuerzo que se sumerge en una trama histórica concreta, para comprender y mostrar críticamente la racionalidad política sobre la cual se estaban construyendo y articulando las relaciones sociales en Centroamérica, específicamente en los dos países que se estudian, Guatemala y Nicaragua. Cómo entonces, estas relaciones estaban dándose, luchando, negociándose, legitimándose, en fin, construyendo subjetividades que hacen posible el orden presente.

En segundo lugar, es probable que lo más adecuado sea decir que este trabajo trata del gobierno sobre la población, y que la idea de progreso funciona a manera de excusa que ha permitido ir hilando esa tenue línea que existe entre lo que se dice y lo que se hace, entre las ideas y las prácticas que devienen de ella.

Dicho esto, es oportuno ilustrar brevemente la forma en que se encuentra organizado el texto. En sí consta de cinco capítulos: el primero de ellos se dedica a contextualizar lo que se ha llamado Estado civilizador, y lo hace precisamente recorriendo –apoyándose en el conocimiento producido–, el período histórico en que se interviene la historia. A partir del segundo capítulo hasta el último, se fija y propone al discurso como espacio analítico de trabajo para contestar a las preguntas de investigación. En ese sentido, el segundo capítulo trata de responder a la pregunta ¿Qué discurso se construye en torno a la idea de progreso? Básicamente se trata de exponer cómo este discurso generó una forma de comprensión de la historia, que devino en una inteligibilidad estatal: una serie de finalidades que otorgaban razón de ser al Estado como tal. Además, formas de gobierno y construcción de maquinaria y agentes gubernamentales.

El tercer capítulo constituye un esfuerzo por mostrar cómo el Estado, luego de definirse a sí mismo, visualizaba y comprendía a la sociedad, y generaba un saber sobre ella. Un saber, que luego sería útil y capital para el funcionamiento del gobierno sobre la población. El cuarto y quinto capítulo se dedican a exponer cómo el discurso de la idea de progreso construía a su vez racionalidades específicas a través de las cuales se pensaba la concretización de las finalidades trazadas. En ese sentido, se opta por una racionalidad en particular, que es la del trabajo, y se explora también la educación, sobre todo en los momentos en que ambas se vinculan y trabajan en conjunto.

Antes de entrar al cuerpo mismo del trabajo, es preciso exponer reflexivamente la perspectiva teórica y metodológica que funcionó como caja de herramientas, es decir, que fue útil y sirvió para la realización de este ejercicio analítico.

La caja de herramientas

El objetivo del que partió lo que hoy constituye un documento con forma de tesis de grado, fue tratar de aproximarse analíticamente al proceso histórico de constitución de los Estados centroamericanos contemporáneos, específicamente Guatemala y Nicaragua. Para poder hacer una lectura, histórica y analítica, se pensaban dos categorías primordiales en el pensamiento social: Estado y modernidad. A su vez, el punto que iba a servir de excusa para establecer un encaje analítico entre ambas, y su referencia a un período histórico y ámbitos específicos de las relaciones sociales, era la idea de progreso. Un primer objetivo entonces, que funcionara como puente para sumergirse en un campo de prácticas en el que las dos categorías principales de inteligibilidad pudieran ser visualizadas, situadas, delimitadas e intervenidas analíticamente: realizar el análisis del discurso político en torno a la idea de progreso.

Logrado este anclaje en un campo específico y a la vez complejo de acción, el siguiente punto era establecer una aproximación conceptual a las dos categorías principales enunciadas anteriormente. Se quería lograr un abordaje del Estado en que éste no fuera concebido como un espacio concreto y estático, el lugar único y exclusivo en que se produce la lucha de clases; o ver en este un objeto de posesión. Aproximarse, no tanto como estructura, sino más bien como actor. En un principio, la propuesta de la sociología histórica, particularmente de Michael Mann fue muy oportuna. Crítico de una perspectiva marxista tradicional, proponía todo un esfuerzo por tratar a los Estados como actores: voluntades de poder (2006: 23); no reducido a un instrumento de clase (Idem.: 20); otorgamiento de “una base potencialmente independiente de movilización de poder” (Idem: 22-23). Pensar un Estado que incitara más, apoyándose nuevamente en Mann (Idem.: 36), un *actor autónomo*: no imaginar la producción de un cambio social sin su accionar.

Se miraba también un apoyo importante en la propuesta de Bourdieu, al exponer al Estado como “el resultado de un proceso de concentración de diferentes especies de capital”. Dichos capitales conducirían a la conformación de un capital estatal como específico, ejerciendo éste un poder sobre diferentes campos y las formas particulares de capital, así como entre la tasa de cambio entre ellas (2002: 6). Estas dos propuestas fueron importantes para orientar la analítica del trabajo, y son útiles en varios momentos, sobre todo la propuesta de Bourdieu sobre el “campo y microcosmos burocrático”. Sin embargo, fueron siendo desplazadas a lo largo del proceso de trabajo por otra que no comprendía al Estado

como el “resultado de un proceso”, lo cual lo haría funcionar, a partir de un determinado momento, de forma estática y homogénea: dado, construido, terminado.

La propuesta que se tornó más útil fue aproximarse al Estado en tanto razón gubernamental: pensarlo y trabajarlo como principio y objetivo; fundamento y meta, “idea reguladora de la razón gubernamental”. No tomar al Estado como una categoría definida y terminada conceptualmente, sino aproximarse a éste como la búsqueda de la racionalidad de un arte de gobernar, un “principio de inteligibilidad de lo real”. El argumento orientador entonces fue el siguiente: “El Estado funciona en esa razón política como un objetivo, es decir, **algo que debe alcanzarse al término de las intervenciones activas de esa razón**, esa racionalidad. El Estado es lo que debe haber al cabo de la operación de racionalización del arte de gobernar (...) El Estado es principio de inteligibilidad de lo que es, pero también de lo que debe ser. Principio de inteligibilidad y objetivo estratégico: a mi parecer, esto propone su marco a la razón gubernamental que se denominaba precisamente razón de Estado.” (Foucault 2006: 328-329)

Esta propuesta propiciaba un distanciamiento de una analítica estática del Estado, revertiéndola hacia el análisis de algo no dado, sino de un imperativo de razón a ser construido a través de una serie de intervenciones calculadas racionalmente, reflexionadas, analizadas, corporeizadas en instituciones y actores. Intervenciones que implican la puesta en práctica de una forma, a la vez específica y compleja de poder, que tiene como blanco principal de su ejercicio a la población, comprendida ésta como sujeto político racializado (“raza indígena”/ “raza superior”). Esta forma de poder, que se ejercía como gobierno sobre la vida en el nivel de la “raza”, desplazó el nivel analítico Estado/modernidad: del horizonte que lo construye como la “difusión de productos de la actividad racional en el marco de un espacio nacional integrado” (Touraine 2000: 14), al de la gubernamentalidad y la razón de Estado (Foucault 2006: 136).

Otro punto de quiebre o desplazamiento con respecto a la propuesta de la *comunidad nacional* -vista como herramienta vinculadora entre Estado y modernidad-, lo permitió la alternativa analítica del pensamiento decolonial, al propiciar un posicionamiento crítico hacia dicho espacio nacional homogéneamente integrado, e invitar a un abordaje diferente e históricamente orientado en torno a la formación de relaciones propiamente modernas de poder (Castro 2000: 152). Situados en este enfoque, se entendía que tal difusión de racionalidad mencionada por Touraine, es pensada y argumentada desde una perspectiva de conocimiento espacial y temporalmente eurocéntrica, diciéndolo con Quijano, “imaginadas como experiencias y productos exclusivamente europeos” (2000: 211), generando una nueva perspectiva de la historia.

Pensando siempre desde este planteamiento, la noción de modernidad se elaboraba como una especie de punto de procedencia o de inteligibilidad de cierto período histórico, y

empezaba a comprenderse como un fenómeno construido como *naturalmente* europeo, con implicaciones o efectos concretos en las relaciones sociales: una categorización binaria de las relaciones de subjetivación entre Europa occidental y el resto del mundo, cuya codificación se daba más o menos en base a estas categorías: primitivo/civilizado; racional/irracional; tradicional/moderno. Para autores como Quijano, esa perspectiva de conocimiento y subjetivación “se impuso como mundialmente hegemónica en el mismo cauce de la expansión del dominio colonial de Europa sobre el mundo” (2000: 211).

Se trataba entonces de tomar cierta distancia de un posicionamiento que comprendiera a la modernidad como un proceso natural en la sociedad, o como una condición social producto del avance o evolución de la condición humana y social. Contrario a ello, se deseaba comprender como un proyecto político que se producía en torno a relaciones de poder, y posible gracias a la producción concreta de estas relaciones mismas. Pensarla entonces, en la trama histórica de la expansión colonial europea otorgaba un mayor sentido para entender la dinámica de los últimos treinta años del siglo diecinueve en los dos países centroamericanos que se querían estudiar. Esta perspectiva permitía también caracterizar la naturalización de la modernidad, principalmente en dos sentidos: el primero, “la idea de la historia de la civilización humana como una trayectoria que parte de un estado de naturaleza y culmina en Europa”. Y segundo, “otorgar sentido a las diferencias entre Europa y no Europa como diferencias de naturaleza (racial) y no de historia del poder” (Quijano 2000: 211). Ambas caracterizaciones, reconocidas recíprocamente en el evolucionismo y dualismo, elementos nucleares del eurocentrismo.

Era necesario poder comprender la modernidad en una manera que no rescatase únicamente su vertiente eurocéntrica. Con ese fin, se obtenía apoyo en Dussel, cuando hace referencia a dos paradigmas contradictorios: “el de la mera modernidad eurocéntrica, y el de la modernidad subsumida desde un horizonte mundial, donde cumplió una función ambigua (por una parte como emancipación; y por otra, como mítica cultura de la violencia)” (2000: 51). Este segundo paradigma de Dussel tiene la virtud de recuperar la visión binaria modernidad/alteridad que, a través de una violencia epistémica estratégica (Castro 2000: 151) impuso la modernidad eurocéntrica, definiendo la “emancipación” respecto al “nosotros”, sin advertir el carácter mítico-sacrificial respecto del “otro”, que en este caso serían los territorios periféricos a la modernidad eurocéntrica.

En el mismo sentido, la propuesta de Dussel permite develar al paradigma eurocéntrico de modernidad, como un modelo provinciano, irracional y mítico, al cual se recurre como mecanismo justificador de una “praxis irracional de violencia” (2000: 46). Bajo esta propuesta, la modernidad posee una serie de características que se tomaban como orientadoras para fines de este trabajo:

- “1) La civilización moderna se autocomprende como más desarrollada, superior (lo que significará sostener sin conciencia una posición ideológicamente eurocéntrica);
- 2) La superioridad obliga a desarrollar a los más primitivos, rudos, bárbaros, como exigencia moral;
- 3) El camino de dicho proceso educativo de desarrollo debe ser el seguido por Europa;
- 4) Como el bárbaro se opone al proceso civilizador, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia si fuera necesario, para destruir los obstáculos de tal modernización;
- 5) Esta dominación produce víctimas (de muy variables maneras), violencia que es interpretada como un acto inevitable, y con el sentido cuasi ritual de sacrificio; el héroe civilizador inviste a sus víctimas del carácter de ser holocaustos de un sacrificio salvador;
- 6) Para el moderno, el bárbaro tiene una culpa (el oponerse al proceso civilizador) que permite a la modernidad presentarse no sólo como inocente, sino como emancipadora de esa culpa de sus propias víctimas;
- 7) Por último, y por el carácter civilizatorio de la modernidad, se interpretan como inevitables los sufrimientos o sacrificios (costos) de la modernización de los otros pueblos atrasados (inmaduros)” (Dussel 2000: 46).

Esta caracterización orientadora analíticamente, permite realizar en buena medida la lectura del período histórico que se aborda. Sin embargo, a pesar de sus alcances, también posee algunos límites que se fueron problematizando a lo largo del tiempo de trabajo, y que es importante mencionar en este momento.

Si bien el postulado que indica que el camino de un proceso educativo - civilizador- debe ser el seguido por Europa, sugiere una forma de búsqueda y de lectura del discurso político local, esta lógica de búsqueda y análisis de la práctica política tiene su límite crítico en aseverar que el eurocentrismo fue el marco discursivo que cohesionó la construcción de racionalidad política. En esta lectura, las relaciones de poder, y particularmente, la práctica gubernamental, tendría como motor de producción una imagen de Europa, marginalizando motores locales de producción de razón política y gubernamentalidad.

Otro límite que se encontró en esta caracterización fue con respecto a la noción de violencia. Es un enfoque cuya crítica se centra en la dimensión de violencia que tiene la modernidad, lo cual resulta estratégico para un ejercicio desmitificador de categorías de pensamiento y acción. Sin embargo, en buena medida la noción de poder no tiene autonomía, sino que parece subsumirse en la categoría de violencia, la cual además se encuentra planteada en su raigambre represiva. Es una propuesta que concibe al poder como violencia, como represión, máxime cuando se refiere a la modernidad/alteridad como la ejecución de una “praxis irracional de violencia”. Esta perspectiva no permite ver al poder en su raigambre productiva, que sería una opción mucho más rica analíticamente y que a la vez complejiza el ámbito de las relaciones sociales y la institución de sociedad.

Contrario a esta perspectiva que problematiza y propone al poder como represión y violencia, se encuentra la propuesta que devino del proyecto de trabajo de Foucault, cuya esencia, por llamarle de alguna manera, se puede encontrar en el fragmento de una respuesta dada con motivo de una entrevista: “si el poder no tuviese por función más que reprimir, sino trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, sino se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo y también al nivel del saber. El poder, lejos de estorbar el saber, lo produce.” (Foucault 1992: 114-115)

“Básicamente el poder es más una cuestión de gobierno que una confrontación entre dos adversarios o la unión de una a otro (...) Gobernar, en este sentido, es estructurar el posible campo de acción de los otros”. Esta perspectiva permitía un acercamiento y un análisis de las relaciones y estrategias de poder que se viabilizaban en el discurso político local, más fructífero que aquella que la concibe prioritariamente en términos de represión y violencia. Había que ver al poder en su dimensión positiva, tomando como orientador el planteamiento foucaultiano al respecto: “lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de como una instancia negativa que tiene por función reprimir.” (Foucault 2004: 148)

Regresando a lo que Dussel llama “praxis irracional de violencia”, es necesario acotar que, si bien constituye parte de un ejercicio desmitificador de la modernidad, termina siendo en términos analíticos una noción cargada de retórica. ¿Qué se puede decir posterior a la acusación de irracionalidad? ¿No es un límite crítico que obstaculiza el análisis en términos de estrategias? ¿Cómo distinguir lo racional de lo irracional, y con qué fin? Fue precisamente lo que sucedió al momento de traer a luz el discurso. Aseverar que constituían prácticas discursivas “irracionales” no permitía analizarlas en términos de estrategias de poder precisas y razonadas, adoptadas con finalidades concretas. Reconociendo esta limitación, se trató de tomar distancia de adjetivar al discurso como “irracional”, y poner el énfasis analítico en la producción de razón política, y de las estrategias para diseñar y ejecutar dichas racionalidades.

Continuando en lo que atañe a la adjetivación de la razón, hay que destacar el aporte de la teoría crítica al respecto, particularmente Max Horkheimer en el trabajo titulado, *Crítica de la razón instrumental* (2002). Si bien este autor, y en general la propuesta de la Escuela de Frankfurt, dieron un aporte sustancial al estudio de la relación entre razón y poder, no fue la opción analítica que al final se privilegió para este trabajo. Quizás sea importante mencionar un par de aspectos al respecto.

La propuesta de Horkheimer, esbozada en el ensayo *Medios y Fines* (2002), fue muy importante para la comprensión de los proyectos gubernamentales a los cuales se trataba de hacer una aproximación. Metodológicamente, la tensión que permitió un acercamiento crítico a la producción de razón política fue precisamente la acontecida entre los fines que hacen inteligible el proyecto político, y los medios que se razonan y diseñan como oportunos para obtener dichas finalidades, es decir, para la producción de un ámbito de experiencia que coincida con el proyecto de razón. No obstante, Horkheimer, al adjetivar la razón moderna como “razón instrumental”, limitaba el horizonte analítico que se podía lograr al traer a luz cómo se producía razón de Estado en los proyectos políticos liberales de finales del siglo diecinueve y los medios y estrategias que se generaban. Concretamente, *Medios y Fines* es un trabajo que evoca nostálgicamente la pérdida de una génesis de racionalidad, sustituida por una razón con capacidad de adaptación instrumental para el cumplimiento de su tarea de regulación de la relación entre medios y fines (Horkheimer 2002: 50). En ese sentido, este ensayo es la exposición crítica de un acontecimiento temporal: el despojo de la “autonomía de la razón”, de manera que ésta se convierte en un instrumento, lo cual, en palabras de Horkheimer, “prepara el terreno para el dominio de la violencia en el ámbito de lo político.” (2002: 50)

Por otro lado, Horkheimer propone la relación entre razón y poder como un proceso de racionalización, es decir, como un progreso evolutivo de automatización e instrumentalización de las ideas, de manera que la crítica a la razón, además de implicar una adjetivación que reduce la función analítica y la capacidad de transponerla a otras experiencias históricas, la vincula a un acontecer del poder, lineal y evolutivo, en el que “los conceptos fueron tan privados de toda sustancia, que podían ser usados al mismo tiempo para justificar la opresión.” (Horkheimer 2002: 59).

Finalmente, la tensión metodológica *medios/fines* en torno a la construcción de un proyecto de razón es la que se privilegia en este trabajo, pero sin juzgarle como irracional, ni adjetivarle en su racionalidad interna (instrumental). Más bien, como ya se ha venido acotando, más que juzgar o adjetivar, lo que se trata de hacer es ir mostrando los procesos mismos de construcción de razón, e ir privilegiando y eligiendo diversos campos para analizarlos en su experiencia y espacios de producción y objetivación del sujeto.

Si el primer objetivo que se señalaba era el análisis del discurso político en torno a la idea de progreso, en este momento se derivaba en un segundo objetivo concreto: explorar dicho discurso en campos, analizar racionalidades/estrategias/medios específicos que éste ponía en funcionamiento para concretar fines. En ese sentido, la racionalidad que se eligió para explorar fue el trabajo, y ya entrados en el análisis, fue irremediable e irreversible penetrar a ese espacio en que trabajo y educación funcionaban en conjunto: unas veces de manera autónoma, otras como racionalidades subsumidas entre sí. La tarea analítica consistió

entonces en hacer una exploración de las prácticas discursivas en estos campos específicos de construcción de razón política, de manera que se pudiera traer a luz los *medios* que se comprendían como oportunos para obtener ciertos *fines*; las estrategias que se diseñaban y ejecutaban a partir de la visualización de medios o formas de intervención, y cómo también las estrategias de poder no son estáticas, ni lineal o automáticamente evolutivas, sino que se van (re) diseñando y afinando a la medida de las formas de resistencia que producen.

Más que tomar al poder como objeto de análisis en su proceso evolutivo de racionalización interna, se privilegió la propuesta foucaultiana de “analizar relaciones de poder a través del antagonismo de estrategias”¹. Así, por ejemplo, para mostrar cómo la educación era construida gubernamentalmente como una racionalidad civilizadora, interesa no solamente explorar los discursos que construyen a la educación como dispositivo civilizador, sino también aquellos discursos en que los agentes de gobierno señalan inconvenientes y resistencias que éste generaba en la población a ser civilizada. Además, importa también dar cuenta de cómo la resistencia no dio pie al abandono de las estrategias de civilización, aunque estas no siempre funcionaran óptimamente, sino más bien a una mayor reflexión en torno a su efectividad, y a ciertos afinamientos en sus modos de intervención.

Lo mismo se puede decir de la principal racionalidad que se explora, el trabajo. Éste no es comprendido en un vínculo natural con el ser humano, más bien se toma distancia de ello. La posición analítica de la que se parte es que dicha mediación es sintética, que el ser humano y el trabajo se encuentran unidos políticamente, por relaciones de poder. Por tanto, metodológicamente interesa traer primero a luz el discurso que construye al trabajo como un medio civilizador. El discurso en síntesis, que le atribuye al trabajo cierto valor y función en la sociedad. Luego mostrar el antagonismo de estrategias: las resistencias que se producen a esta forma/valor del trabajo, y las estrategias de poder que en respuesta produce la razón de Estado para la consecución efectiva de sus finalidades. Para entender entonces cómo se estaba construyendo un valor en torno al trabajo que definiría el campo de la laboriosidad y el sujeto laborioso, se trató de explorar lo que acontece en el campo de la *diferencia*: ociosidad, vagancia y “resistencia natural” al trabajo. Y mostrar también como estas prácticas discursivas que acontecían en el campo de la *diferencia* eran racializadas.

Del antagonismo de estrategias en las relaciones de poder importaba derivar en el sujeto, es decir, si interesó el poder fue porque permite explorar cómo se constituyen sujetos en un período histórico y en ámbitos de relaciones concretos. Este espacio da pie a problematizar nuevamente la postura de Dussel en torno a la modernidad, específicamente la que tiene que ver con los sujetos producidos por ésta, tanto en su proceso emancipatorio con respecto al “nosotros”, pero particularmente con respecto al proceso de la modernidad subsumida, que en su despliegue de violencia produce al “otro”. Una dinámica dualista ésta, que ubica

¹ Michel Foucault. *El Sujeto y el poder*. Edición electrónica de www.philosophia.cl

a los sujetos supra históricamente: victimario/víctima; el “nosotros” y el “otro” se encuentran dados antes ya de una trama histórica concreta. Lo importante para el trabajo, era, más que denunciar una dinámica de subjetivación dualista y tratar de ubicar a cada uno de estos sujetos en el discurso decimonónico y seguirles la pista, se trataba de situarse en las prácticas discursivas -como espacios de producción de sujetos-, y ver sus emergencias, su producción, las negociaciones de las que son objeto; mostrar, en suma, cómo el poder produce sujetos y estos emergen en el cuerpo mismo del discurso, y cómo estas subjetividades no son estáticas, sino que experimentan ciertos desplazamientos que tienen una estrecha relación con las estrategias y los medios que se diseñan para obtener fines políticos.

De algo similar se puede imputar a Quijano, cuando éste propone la perspectiva histórica dualista/evolucionista: “todos los no europeos pudieron ser considerados, de un lado, preeuropeos, y al mismo tiempo dispuestos en cierta cadena histórica y continua desde lo primitivo a lo civilizado, de lo irracional a lo racional, de lo tradicional a lo moderno, de lo mágico mítico a lo científico. En otras palabras, desde lo no europeo/pre europeo, a algo que en el tiempo se europeizará o modernizará” (2000: 225). Bien, pero similar a lo que sucedía con Dussel, no da elementos para ver cómo esta dinámica funcionó localmente, cómo trabajó una economía civilizadora, ni los anclajes locales en los que ésta se erigió y prolongó. Hay, metodológicamente, horizontes de origen y llegada, pero no producciones de acontecimientos o estrategias locales.

Es precisamente en este nivel metodológico, el de estrategias y acontecimientos locales, que se debe profundizar un poco más. Como se ha venido acotando, este trabajo trata de ubicarse metodológicamente en el nivel de las prácticas discursivas, específicamente en el de las estrategias discursivas, o dicho de otra forma, la intención es ver al discurso como estrategia. Para poder puntualizar sobre ello, se debe de partir de un proceso reflexivo con respecto a la conformación de una estrategia metodológica de trabajo.

De la denuncia de la diferencia, a su arqueología: la conformación de una estrategia metodológica

Discurso como estrategia/acción: relación dialéctica entre prácticas discursivas particulares y ámbitos de acción específicos (Wodak 2003: 104). Posicionamiento entonces, en una perspectiva que comprendiese el discurso, más allá de lo verbal, como práctica política, como un objeto de análisis cuyos criterios analíticos no provienen –siguiendo a Carbo (1996:75-76)- del orden lingüístico, sino del político. “Prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan” (Foucault 1997: 81). Si bien –señala Foucault-, los discursos están formados por signos, lo que hacen es precisamente utilizar esos signos para indicar cosas. Y ese “más” que posee el discurso, que lo hace irreductible a la lengua y

a la palabra, es lo que este autor invita a revelar y describir. Era entonces, lo que se pensaba que se debía de realizar para el período histórico que se trabajaría, partiendo -regresando a Wodak-, de que “todo discurso es un objeto históricamente producido e interpretado.” (2003: 19)

Esta perspectiva se pensó oportuna para un abordaje analítico del discurso político. El objetivo fue la conformación de una estrategia metodológica antes de sumergirse en el discurso, la cual estuvo integrada por tres planteamientos cardinales: por un lado, la propuesta de Foucault, elaborada sobre todo en *La Arqueología del Saber* (1997). Por otro, la perspectiva de coordenadas histórico políticas que Carbó (1996) sugería en su trabajo, y que serán mencionadas adelante. Por último, el enfoque conocido como Análisis Crítico del Discurso (ACD), una propuesta de trabajo interdisciplinaria, multiteorética y multimetódica (Wodak 2003: 103). A partir de estas propuestas se elaboraron tres pasos metodológicos que en conjunto constituyeron la estrategia y que vale la pena repasar.

El primer paso fue la identificación del discurso según coordenadas histórico políticas. En síntesis, de lo que se trataba era de hacer surgir al discurso en su consistencia misma, en la complejidad histórica que le fue propia: referir las “cosas” a las condiciones de aparición histórica (Foucault 1997: 77-79). Si lo que se quería estudiar era el discurso en torno a la idea de progreso, entonces la tarea sería traer a luz el discurso considerando el contexto histórico que le caracterizó, y a partir de allí, analizar los efectos que en ámbitos específicos de las relaciones sociales experimentó. Este primer paso ya anunciaba que el inicio del trabajo debía de ser la redacción de un contexto que situara temporalmente el discurso, lo cual efectivamente se realiza en el primer capítulo de este trabajo.

Tomada la elección del contexto histórico, el segundo paso metodológico era determinar la selección de las fuentes de análisis que conformarían el material a describir sistemáticamente como “discurso-objeto”. En ese sentido, si lo que se deseaba era explorar la construcción de una gubernamentalidad inteligible por el discurso en torno a la idea de progreso, la mirada debía ser dirigida al archivo. Siguiendo el objetivo analítico de explorar la construcción de razón política, las fuentes de análisis que guiaron la búsqueda de archivo en cada uno de los dos países fueron las siguientes: memorias de gobernación y fomento; Informes de Jefes Políticos departamentales; discursos conmemorativos de la independencia nacional y los principales diarios de la época, particularmente los diarios oficiales.

Por último, el tercer paso metodológico era la conformación de una estrategia analítica, es decir, construir una especie de esquema/guía que permitiera realizar, bajo cierto orden, el análisis. Dicho esquema debía permitir concretamente una exploración a la segunda pregunta de investigación, que inquiría sobre las *estrategias* a través de las cuales el discurso político en torno a la idea de progreso racionalizaba medios –específicamente el

trabajo y la educación- como modos concretos de obtener los imperativos políticos que se trazaba. En concordancia con la pregunta de trabajo, el nivel metodológico del análisis que se propuso fue el de *estrategias discursivas y argumentativas* (Wodak 2003: 113-115), para el cual se comprendía como estrategia, un plan de prácticas más o menos preciso y más o menos intencional adoptado con el fin de obtener ciertas finalidades. El objetivo concreto fue trazar una manera de llegar y explorar al discurso de un periodo histórico específico, por sus estrategias locales. Siguiendo a Foucault, “proyectar un análisis estratégico del discurso en el interior de procesos históricos reales e importantes.” (2003: 163)

No se trata entonces aquí de tomar al discurso literalmente como saber, sino hacer un análisis que lo confronte por la relación que éste guarda con el poder. Tomar como referencia del discurso entonces, más que el modelo de la lengua, al de la guerra; la relación de poder, y no la de sentido. Siguiendo nuevamente a Foucault, “la historia no tiene “sentido”, lo que no quiere decir que sea absurda e incoherente; es, por el contrario, inteligible y se debe de poder analizar en sus mínimos detalles, pero a partir de la inteligibilidad de las luchas, de las estrategias y de las tácticas” (1999: 45). En este nivel del discurso se encontró orientado el trabajo, estudiando al discurso como “maneras de vencer, de producir acontecimientos, decisiones, batallas, victorias.” (Foucault 2003: 166) Es importante destacar, siempre en lo que atañe al nivel de estrategias, que el objetivo que se siguió no fue realizar una clasificación de las estrategias, sino más bien tratar de sumergirse en un ámbito de regularidad y recurrencia de estas, y estudiarlas en sus espacios de dispersión y acuerpamiento.

Para la conformación del esquema analítico, se recuperó el planteamiento de Dussel en el sentido de la existencia de dos paradigmas de modernidad: el de la modernidad eurocéntrica, y el de la modernidad subsumida. Esta propuesta resultaba útil al análisis al momento en que conformaba una comprensión binaria de la modernidad: modernidad/alteridad o identidad/diferencia; identidad con respecto al “nosotros”, y el lado mítico-sacrificial con respecto al “otro”. Con esta herramienta, el discurso en torno a la idea de progreso podría ser analizado en su “función ambigua” de producción de identidad y diferencia, caracteres que precisamente Wodak destaca como discursos que producen discriminación. En sus palabras, “la construcción discursiva del “nosotros” y del “ellos” es el principal fundamento de los discursos de identidad y diferencia. Y esos discursos son destacados discursos de discriminación.” (2003: 115)

Señalando más herramientas sobre la construcción de la *diferencia*, Mignolo propone que la matriz que permitió establecerla, y justificar como resultado de ello la colonización-primero como cristianización, y luego como proceso civilizador-, es lo que denomina, apoyándose en la propuesta de Quijano que ya se ha expuesto aquí, la *colonialidad del poder*. Ésta sería el “dispositivo que produce y reproduce la *diferencia colonial*”, la cual “consiste en

clasificar grupos de gentes o poblaciones e identificarlos en sus faltas o excesos, lo cual marca la diferencia y la inferioridad con respecto a quien clasifica.” La *colonialidad del poder* entonces, sería el “lugar epistémico de enunciación” en el cual se estaría ejerciendo, legitimando y perpetuando esta forma de poder (Mignolo 2003: 39).

El esquema analítico entonces, debía constituirse como una herramienta que permitiera traer a luz y explorar las estrategias discursivas en torno a las cuales se estaban conformando un régimen de identidad y de diferencia en el discurso de la idea de progreso, y como efecto del mismo, en las racionalidades específicas que de éste emergían como medios de obtener de ciertos fines. En lo anterior radica el punto crítico de esta perspectiva analítica: comprender y exponer a la modernidad y su discurso en torno a la idea de progreso como un discurso con una “función ambigua” (Dussel, 2000), que subjetivaría binariamente: identidad/diferencia; subjetivación cuyo efecto sería el de una discriminación (Wodak, 2003) y/o, en términos de Dussel, una “praxis irracional de violencia” (2000).

Esta era una perspectiva que permitía construir un enfoque crítico, pero que en el transcurso del desarrollo del trabajo también implicaba un horizonte limitado de alcance analítico: si bien permitía denunciar a la modernidad, y en este caso específico, al discurso de la idea de progreso y los modos de intervención razonados y legitimados desde éste, no posibilitaba un análisis de la *diferencia*, como elemento en torno al cual, a medida que se profundizaba en la dinámica decimonónica resultaba fundamental responder: cómo trabaja y opera, cómo produce discursos de verdad, y a su vez se encuentra “ligada circularmente a sistemas de poder que la producen y la sostienen, y a efectos de poder que la inducen y la prorrogan” (Foucault 2004: 156), es decir, a un “régimen” de verdad, con sus agentes e instituciones de producción específicos.

Dejar el análisis al nivel de la propuesta de Dussel, Mignolo y Quijano, y la perspectiva metodológica de Wodak, constituía también un obstáculo o una limitante para explorar la dimensión productiva de *la diferencia*: cómo se instituía realidad desde ella; cómo la razón de Estado construía la diferencia y la intervenía; cómo daba pie a toda una serie de intervenciones políticas y de reflexiones gubernamentales que tenían como objeto de análisis, administración y gestión, precisamente *la diferencia*. Y también, como ésta constituyó un campo de respuesta dinámico para las relaciones de fuerzas mismas, es decir, cómo, metodológicamente, la exploración de la diferencia permite un análisis de las relaciones de poder locales a partir del antagonismo de estrategias, como ya se mencionaba líneas atrás. Se requería entonces, de una herramienta que tuviese mayor utilidad metodológica, que permitiera sumergirse en el cuerpo del discurso y tratarlo en su autonomía local, en sus dispersiones y acuerpamientos propios. La propuesta arqueológica se vio como una poderosa alternativa. Lo que se trató entonces, fue utilizar la propuesta anterior, pero desplazándose de la discriminación y la violencia como modos de ejercer

poder, hacia un nivel productivo y complejo de éstas, a medida que permitía llevar el análisis más allá de un campo de denuncia.

Para concretar dicho desplazamiento analítico en el discurso –clave para el enfoque final del trabajo-, fue fundamental la propuesta arqueológica expuesta por Foucault en *La Arqueología del Saber*, particularmente lo que se refiere a la “formación de las modalidades enunciativas” (Foucault 1997: 82-90), de lo que merece la pena precisar las siguientes preguntas analíticas útiles al análisis:

- a) ¿Quién habla? ¿Quién es el **titular del discurso**? ¿Quién recibe su singularidad, y de quién recibe, en retorno, su presunción de verdad? ¿Cuál es el estatuto de los individuos que tienen el derecho reglamentario, jurídicamente definido, o espontáneamente aceptado, de pronunciar semejante discurso?
- b) Siempre en este mismo sentido, fue importante la ubicación y tratamiento de lo que Foucault llama, “ámbitos institucionales del discurso”;
- c) Las **posiciones del sujeto**, definido por el lugar que ocupa en cuanto a los diversos dominios: es sujeto interrogante de acuerdo a cierto patrón de interrogaciones, explícitas o no, y oyente según cierto programa de información; es **sujeto que mira**, según una tabla de rasgos característicos, y que **registra** según un tipo descriptivo;
- d) El **modo de nombrar**: ¿De qué modo se nombra a las personas y de qué modo se hace referencia a ellas?

La propuesta metodológica de la *arqueología* fue especialmente útil, al permitir situar, explorar y traer a luz ciertas bases claves en la constitución histórica de las relaciones de poder: explorar cómo se constituían economías de poder en momentos y en relaciones de fuerza y producción concretas; ver también cómo éstas trabajaban desde ciertos discursos de verdad, como lo fueron el discurso en torno al valor del tiempo y el trabajo -agrícola especialmente-, y el discurso de la educación como estatuto de las ciencias pedagógicas. La utilidad de la *arqueología* es mostrar estas prácticas discursivas como producciones de verdad y razón; estudiar su formación en un período histórico concreto y comprobar la utilidad que han tenido en la economía de las relaciones sociales, comprendidas como relaciones de poder. (Foucault 2003: 180-181)

Para detallar la utilidad del análisis arqueológico, lo primero que es debido hacer es recalcar la distancia que éste guarda con respecto a la disciplina de la historia de las ideas. Si esta última se dirige al análisis de las representaciones, de las mentalidades, al planteamiento de los comienzos y de los fines, al establecimiento de los orígenes, las génesis de los conceptos, su continuidad y totalización, es precisamente de eso de lo que se ha querido tomar distancia en este trabajo. Hay aquí un esfuerzo que no tiene como objetivo la definición de representaciones o imágenes que eran generadas en torno al discurso de la idea de progreso, y las racionalidades específicas que estas prácticas discursivas ponían en marcha. Contrario a ello, es un esfuerzo por tratar al discurso mismo “en tanto que prácticas

que obedecen a unas reglas”: aproximarse y tratar las prácticas discursivas, no como “documento”, sino como “**monumento**” (Foucault 1997: 233).

De lo que se trata no es de hacer una “génesis de la idea de progreso”, ver puntos de “origen”, y una vez detectada la primera vez que alguien enuncia algo en torno al progreso, seguir el rastro lineal y evolutivo de un discurso que, en algún momento tendrá su cenit, y en otro momento su decaída, agonía y muerte. No había ni tiempo ni disposición para tal tarea. Además, no es ese fin erudito lo que estimula el trabajo. Precisamente allí se encuentra la pertinencia política y estratégica de la *arqueología*: constituir una herramienta que permite una aproximación a las prácticas discursivas en su especificidad –tanto temporal como temática-, intervenir en un juego de reglas y de relaciones de poder orientadas y preservadas históricamente y, situados en ellas, mostrar cómo las ideas producen razón, funcionan, son útiles, dan coherencia a las prácticas discursivas mismas, pero no en un ámbito que se reduce a lo instrumental o a la represión y violencia explícita.

También es importante destacar que, metodológicamente, los recortes del discurso trabajado no se encuentran dados, subordinados, o discriminados a partir de la unidad discursiva de la “obra”. Contrario a ello, se ha tratado de que las prácticas discursivas atraviesen la “obra”, los discursos, los informes políticos, y que el punto analítico se encuentre allí donde las prácticas discursivas producen y reproducen razón; allí donde se establece y funciona materialmente la verdad y donde se produce el sujeto. Y sobre todo donde esta verdad diferencia a lo falso o lo anormal, y deviene en su marcha normalizadora, y específicamente, civilizadora. En algunos momentos del trabajo se encontrarán discursos que por entero se encuentran gobernados por estas prácticas; otras veces sólo se encuentran regidos fragmentariamente. Independientemente de ello, lo que más interesaba eran las (re) apariciones de estas prácticas, su dispersión en ámbitos específicos (trabajo, educación), y su acuerpamiento y reencuentro en ciertas prácticas materiales claves (el trabajo como educación práctica; el establecimiento de escuelas agrícolas para construir ideales de trabajadores agrícolas). En fin, lo que guió el trabajo no fue el sujeto que crea la “obra”, el autor del informe político, el autor del discurso que conmemora un año más de la independencia de Nicaragua o Guatemala, o la pluma que se encuentra escondida en un editorial, sino, cómo el discurso circula, cómo funciona, qué efectos tuvo en la construcción de formas de pensar el gobierno sobre la población, sobre la *diferencia*, sobre la “raza”. Si se hace referencia a quién escribió tal o cual informe, o quién dio tal o cual discurso, es más por fines de orden disciplinario y de moral académica, porque el objetivo no fue descubrir orígenes de conceptos, de ideas, vínculos entre este origen y un autor, entre un informe de gobierno y una obra, sino que se trató “de la descripción sistemática de un discurso-objeto” (Foucault 1997: 235) en unas condiciones concretas de existencia. He aquí entonces el posicionamiento que se desarrolla en las siguientes páginas, y desde el cual este trabajo espera ser útil.